



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA



TRABAJO FINAL DE GRADO

MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER

LAURA COLELLA GODIN

C.I: 4.254.219-5

TUTORA: MAG. VERÓNICA PÉREZ HORVATH

- MONTEVIDEO, FEBRERO DE 2019 -

## Índice

---

---

<b>Resumen</b> .....	2
<b>Introducción</b> .....	3
<b>Capítulo Uno: Más allá del principio de placer</b> .....	5
Sobre el principio de placer .....	6
1era objeción: Neurosis traumáticas y el sueño .....	7
2da objeción: Fort-da .....	9
3era objeción: Compulsión a la repetición .....	10
Pulsión de muerte .....	12
Masoquismo .....	14
<b>Capítulo Dos: Goce</b> .....	16
Antecedentes en Freud .....	16
Goce .....	18
Goce y repetición .....	20
Goce en la clínica psicoanalítica .....	23
<b>Reflexiones finales</b> .....	30
<b>Referencias bibliográficas</b> .....	33

---

## Resumen

---

---

El presente trabajo constituye un primer acercamiento a comprender porque el sujeto tiende a repetir situaciones que le generan displacer. A partir de esta interrogante, se propone estudiar el más allá del principio de placer en donde Freud postula el surgimiento de la noción de pulsión de muerte, para posteriormente entender como a partir de ella Lacan elabora la noción de goce.

En una primera instancia, utilizando principalmente el texto *Más allá del principio de placer* (1920), se realizará un seguimiento por aquellos motivos que llevaron a Freud a postular la existencia de la pulsión de muerte (neurosis traumáticas, fort-da, compulsión a la repetición). Se planteará propiamente la concepción freudiana de pulsión de muerte y posterior reformulación del masoquismo a partir de dicha invención.

A continuación, en una segunda instancia, a partir de los planteos de otros autores del psicoanálisis, se destacan algunos fragmentos en donde se intuyen pistas que permiten pensar - de manera anticipada- la noción de goce en Freud. Luego se aborda propiamente el goce, articulado con el concepto de repetición. Para finalizar, se propone comprender el goce desde la clínica psicoanalítica y como el analista se posiciona ante él.

**Palabras clave:** pulsión – goce – compulsión a la repetición – satisfacción

## Introducción

---

---

*Más allá del principio de placer*, constituye el trabajo final de grado de la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República. El mismo abordará, desde una perspectiva psicoanalítica, el surgimiento del concepto de pulsión de muerte, y las consecuencias de dicha invención, principalmente, en la formulación lacaniana de goce.

Durante mi tránsito académico, siempre he optado acercarme al psicoanálisis, tanto en seminarios como en prácticas. Considero a Freud y a Lacan, autores fundamentales para poder comprender los fenómenos clínicos que acontecen dentro -y fuera- del análisis.

En un primer momento, de forma azarosa -para mí-, sentí gran interés por un concepto “enigmático” escuchado en varios seminarios: “pulsión de muerte”. La dificultad para poder asir esta noción, me llevó a profundizar por primera vez en ella en 2016.

Más tarde, en 2017, en una práctica psicoanalítica, al escuchar el discurso de los consultantes y realizar el posterior análisis de los encuentros, empezó a intrigarme un concepto que ya había estudiado –teóricamente-: “goce”. Lo novedoso era poder “ver” como esa noción abstracta se hacía carne al momento de escuchar el discurso del paciente.

No fue hasta luego de haber elegido como eje del presente trabajo la pulsión de muerte, que comprendí lo íntimamente relacionados que estaban dos temas que me habían convocado en diferentes momentos de la carrera.

Como adelanté, la necesidad e importancia de profundizar en estas nociones proviene especialmente del ámbito clínico, donde se pone en evidencia que el sujeto -de forma inconsciente- tiende, a través de sus pensamientos y de sus actos, a repetir situaciones que le generan displacer, malestar, incomodidad. Ante lo cual surgen interrogantes del tipo: ¿por qué repetimos aquello que nos hace mal?, ¿por qué como sujetos organizamos nuestra vida alrededor de nuestros padecimientos?, ¿podemos correr de este lugar?, ¿o estamos “condenados” de alguna manera a repetir estos sucesos que escapan a nuestra intelección consciente?

Estas preguntas, tan vigentes en la clínica psicoanalítica de hoy, son las mismas que se realizaba Freud y que lo condujeron a publicar en 1920 *Más allá del principio de placer*, texto disparador del desarrollo teórico que se expondrá a lo largo del trabajo monográfico.

El capítulo uno tendrá por objetivo realizar un recorrido por los principales motivos que llevaron a Freud a establecer la existencia de la pulsión de muerte. Para ello, haremos énfasis en algunos ejes mencionados en *Más allá del principio de placer* como: la noción de principio de placer, las neurosis traumáticas y el sueño, el juego del fort-da y compulsión a la repetición. En cada apartado se recortarán elementos teóricos pertinentes acompañados de interrogantes que surgen entre los conceptos que manejaba el autor en oposición con su hipótesis emergente (pulsión de muerte). Veremos cuál es la concepción freudiana de pulsión de muerte, noción que sigue retomando y explicando en escritos posteriores a 1920. Por último, desarrollaremos brevemente como, a partir de la novedad de pulsión de muerte, Freud modifica su visión acerca del masoquismo, planteando la posibilidad de un masoquismo primario.

En el capítulo dos, abordaremos el tema del goce. En un primer momento, tomando autores psicoanalíticos y al propio Lacan, estudiaremos aquellas “pistas” que han quedado en los textos freudianos que nos permiten percibir que el autor, a pesar de no haber desarrollado una teoría respecto al goce, algo capta sobre ello. Luego, estudiaremos el concepto de goce que postula Lacan vinculado a la noción de repetición. Esta exposición estará articulada con contribuciones que realizan otros autores, dada la complejidad que implica este concepto. En un último apartado, se tratará el tema del goce puntualmente en la clínica psicoanalítica, estudiando cuál es su relación con lo que entendemos por síntoma. Finalmente, abordaremos brevemente como el psicoanalista se posiciona ante el goce, lo cual- adelantamos- dependerá de cómo cada analista entienda que es lo que se juega en el goce del sujeto.

## Capítulo Uno: Más allá del principio de placer

---

---

*Más allá del Principio de Placer* fue escrito por Freud entre marzo y mayo de 1919, más tarde modificada y publicada en 1920. Se la conoce como el “gran giro” de la década del 20, pues constituye un reordenamiento teórico fundamental de su teoría. Roudinesco y Plon (2008), proponen que las modificaciones introducidas en cuanto a la teoría pulsional en 1914 con *Introducción al Narcisismo*, lo condujeron a leer la obra de Schopenhauer (1788-1860) y nutrirse del tema de la muerte. La muerte de su hija Sophie en enero de 1920 “lo trastornó”, por lo cual hay quienes consideran que esta invención está teñida por las circunstancias que se encontraba atravesando Freud, además del particular contexto económico y político a causa de la primera guerra mundial (Roudinesco y Plon, 2008, p. 694).

Larsen (2010) comenta que con *Introducción al Narcisismo* (1914) y la libidinización sexual del yo, cae el dualismo pulsional -pulsiones yoicas y pulsiones sexuales- pero argumenta que para Freud es necesario mantener este dualismo ya que es lo que le permite explicar el conflicto psíquico en la neurosis. Destaca que las formulaciones que desarrolla en *Más allá del Principio de Placer*, surgen de sus observaciones en la clínica pues para Freud la teoría se encontraba al servicio de la clínica más allá de cualquier dogmatismo. Este punto no es menor, pues si no existiese una unión entre la teoría y la práctica, el psicoanálisis se perdería.

Strachey (1952) en la nota introductoria de *Más allá del Principio de Placer*, comenta que este texto se ubica dentro de los metapsicológicos de Freud, y es el que inaugura la fase final de sus concepciones.

El título elegido por Freud ya nos advierte de la existencia de algo que se encuentra más allá de los límites del principio de placer: la pulsión de muerte. La mejor forma de comprender la emergencia de este concepto es conocer cuáles fueron los motivos que los llevaron a reformular su comprensión de la vida pulsional. Por tanto, bajo los siguientes subtítulos haremos un recorrido por las “objeciones” que permiten cuestionar al principio de placer como rector de los procesos anímicos, y acercan a comprender el surgimiento de la pulsión de muerte. Si bien el texto mencionado es nuestra principal referencia, también recurriremos a textos metapsicológicos anteriores donde Freud esboza ideas que termina de reordenar en 1920.

A continuación, explicitaremos a qué se refiere Freud con el principio de placer.

## **Principio de placer**

El principio de placer es un concepto que aparece tempranamente en la teoría psicoanalítica. Freud en el *Proyecto de psicología* (1895/1992a) intentaba elucidar aspectos del funcionamiento del aparato psíquico desde la biología. Al respecto sugiere que la tendencia de la vida psíquica es la de evitar el displacer y que ésta podría identificarse con el principio de inercia. El principio de inercia neuronal, enunciado de esta manera por el autor, hace referencia a que las neuronas procuran aliviarse de la cantidad de excitación. Sin embargo, agrega que este principio se ve quebrantado cuando surgen estímulos endógenos (hambre, respiración, sexualidad) ante los cuales el organismo debe recurrir al mundo exterior para cesarlos. “Por esto, el sistema de neuronas está forzado a resignar la originaria tendencia a la inercia, es decir, al nivel cero” (Freud, 1895/1992a, p. 341). Por lo cual, comprendemos que, si no se alcanza el nivel cero, podemos pensar que persiste un resto de energía que es lo que le permite al organismo funcionar en pro de saciar determinados estímulos.

Resulta particularmente interesante ver en estas primeras referencias “biologicistas”, el germen de varias nociones que desarrollará posteriormente en sus escritos metapsicológicos<sup>1</sup>.

Siguiendo con el principio de placer, en la nota introductoria del *Proyecto de psicología*, Strachey (1966) expresa que lo que más tarde se conoce como el omnipotente principio de placer, aquí es tratado como un mecanismo de inhibición de displacer, es por ello que incluso hasta en *La interpretación de los sueños* (1900/1991) lo denomina como principio de displacer. Al respecto refiere que:

La acumulación de la excitación es percibida como displacer, y pone en actividad al aparato a fin de producir de nuevo el resultado de la satisfacción; en esta, el aminoramiento de la excitación es sentido como placer. A una corriente de esa índole producida dentro del aparato, que arranca del displacer y apunta al placer, la llamamos deseo; hemos dicho que solo un deseo, y ninguna otra cosa, es capaz de poner en movimiento el aparato, y que el decurso de la excitación dentro de este es regulado automáticamente por las percepciones de placer y de displacer. (p. 588)

Vemos aquí, que el monto de excitación es percibido como displacer y el aparato psíquico tiende a aminorarlo buscando el placer, muy similar a lo ya citado en *Proyecto de psicología*, pero en ese caso hablábamos de neuronas y aquí ya hacemos referencia a un aparato psíquico que no tiene correlato anatómico para Freud.

---

<sup>1</sup> Nos referimos a aquellos escritos metapsicológicos que se refieren principalmente a la pulsión de muerte.

Más tarde, en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911/1991), Freud se dedica a definir específicamente los dos principios que rigen el funcionamiento psíquico, aunque como vimos, desde el 1985 se encuentra bosquejándolo.

El autor (1911/1991) define el principio de placer como aquel proceso que aspira a la ganancia de placer y la evitación del displacer. El principio de realidad es el que modifica al anterior con el fin de adaptar sus exigencias a la realidad exterior. “El yo-placer no puede más que desear, trabajar por la ganancia de placer y evitar el displacer, de igual modo el yo-realidad no tiene más que aspirar a beneficios y asegurarse contra perjuicios” (p. 228). Aclara que el relevamiento del principio de placer por el principio de realidad no hace más que garantizar el primero.

En *Mas allá del principio de placer* (1920/1984), Freud argumenta cuales son los motivos que lo llevaron a concebir al principio de placer como rector de la vida anímica y confirma que el mismo responde a un principio económico.

En este texto -escrito 25 años después del *Proyecto de psicología*- enuncia que es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer, pues si fuera así, la mayoría de nuestros procesos anímicos deberían ir acompañados de placer o guiarnos hacia él, y bien sabemos que eso no ocurre así. Es por esto pues que concluye que “en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer” (Freud, 1920/1984, p. 9).

Bajo los siguientes subtítulos, expondremos, siguiendo el itinerario que propone Freud, cuales son aquellas situaciones que pueden ser planteadas como objeciones frente al principio de placer como principio rector de los procesos anímicos.

### **1era objeción: Neurosis traumática y el sueño**

Como mencionamos brevemente al inicio, al momento de escribir este texto, el continente europeo se encontraba atravesando un período de pos-guerra, con una fuerte crisis económica por lo cual reinaba en la sociedad contemporánea un gran sentimiento de pesimismo. Bajo este contexto, surgen en esta época un elevado número de las llamadas neurosis traumática o neurosis de guerra. Estos enfermos tenían como características, en sus sueños, repetir la situación traumática experimentada, acompañados de otros síntomas como depresión, hipocondría, angustia, delirio, etc. (Roudinesco y Plon, 2008).

Sobre las neurosis de guerra, Freud (1919/1992a) dice que “en la medida en que se diferencian por particulares cualidades de las neurosis corrientes en tiempos de paz, deben concebirse como unas neurosis traumáticas” (p. 206). En *Más allá del principio de placer* (1920/1984), Freud hace referencia que desde hace tiempo se conoce que las neurosis traumáticas, son aquellas que sobrevienen tras accidentes con posible riesgo de muerte. Aclara que hasta esa fecha -1920- no se ha tenido conocimiento pleno de las neurosis de guerra ni de las traumáticas en tiempo de paz. Lo que sí se sabe es que en las neurosis de guerra el mismo cuadro patológico aparece tanto en sujetos que han padecido una violencia mecánica como en los que no. En cambio, en las neurosis traumáticas - en tiempo de paz- el factor sorpresa y el terror son causantes de la misma y un daño físico real contrarresta la producción de la neurosis (Freud, 1920/1984). Es decir, que las neurosis traumáticas, configuraron para Freud un enigma, pues su etiología no parece clara hasta ese momento. Más adelante en *Inhibición, síntoma y angustia* (1925/1992), aclara que “es harto improbable que una neurosis sobrevenga sólo por el hecho objetivo de un peligro mortal, sin que participen los estratos inconscientes más profundos del aparato anímico” (p. 123).

En *La interpretación de los sueños* (1900/1991), Freud postula que “el sueño no es otra cosa que un cumplimiento de deseo” (p 543). Más adelante dice que no es difícil reconocer que existen también sueños de displacer y de angustia que también son cumplimientos de deseo, al igual que en aquellos donde el cumplimiento de deseo resulta evidente. Al respecto dice:

Los sueños de displacer pueden ser también “sueños punitivos”. Ha de concederse que admitiéndolos se agrega en cierto sentido algo nuevo a la teoría del sueño. Lo que con ellos se cumple es igualmente un deseo inconsciente, el de un castigo del soñante a causa de una moción de deseo no permitida, reprimida. (Freud, 1900/1991, p. 550)

Freud (1920/1984), sin embargo, encuentra que los sueños de los enfermos de neurosis traumática guardan un carácter muy particular: reconducen al sujeto una y otra vez a la situación traumática despertando en ellos sentimientos de terror. Considera que la vivencia traumática que los asedia de manera recurrente da cuenta de la fuerte impresión que provocó dicha experiencia. Estos enfermos no parecen manifestar las reminiscencias de los hechos traumáticos en vigilia, parecería que realizaran esfuerzos por no recordar vivencias que les generan gran displacer y angustia (Freud,1920/1984). Continúa diciendo que se desconoce cuál es la naturaleza del sueño cuando se vuelve a vivenciar en él la experiencia traumática.

Suponiendo que los sueños de estos neuróticos traumáticos no nos disuadan de afirmar que la tendencia del sueño es el cumplimiento de un deseo, tal vez nos quede el expediente de sostener que en este estado la función del sueño, como tantas otras cosas,

resultó afectada y desviada de sus propósitos; o bien, tendríamos que pensar en las enigmáticas tendencias masoquistas del yo. (Freud, 1920, 1984, p. 14)

Tomando el postulado de que la vida anímica se rige por el principio de placer y que los sueños constituyen un modo de acceso a los procesos de esta, es válido formular interrogantes como: si los sueños son una vía de realización de los deseos, ¿es posible que alguien puede “desear” recordar de manera reiterada una vivencia de tal grado de displacer? O ¿es entonces realmente el sueño la vía para la realización de los deseos, o será que también en ellos se filtran aquellas experiencias desagradables pero que han tenido un impacto tan intenso e intolerable para el sujeto?

### **2da objeción: Fort-da**

Hablaremos ahora de un aspecto novedoso -hasta ese momento- en la teoría psicoanalítica, la descripción del juego denominado fort-da. A lo largo del trabajo, volveremos a él en varias oportunidades, pues, comprenderemos que su surgimiento, no solo constituye una objeción más para poder establecer la pulsión de muerte según Freud, sino que el mismo da cuenta de aspectos que tiene que ver con la emergencia del sujeto.

El fort-da es descrito por Freud (1920/1984) luego de observar a su nieto de dieciocho meses jugar con un carretel. El niño lo lanzaba al sonido de “o-o-o-o” (*fort*) - en español, “se fue”-, y luego lo atraía nuevamente tirando del piolín exclamando “da” -acá está-. Así describe Freud el itinerario completo del juego. La acción del niño es interpretada por el autor como una escenificación de la partida de la madre, donde en el primer acto de su nieto da cuenta de su renuncia a la satisfacción pulsional, al aceptar sin protestas la partida de su madre, una acción claramente displacentera para él. A través de este juego, el niño había encontrado un medio por el cual expresar sus sentimientos hostiles hacia la figura de la madre, inconfesables ante su presencia, pero capaces de satisfacer sus deseos de venganza por la partida de ella (1920/1984).

Lo curioso de este itinerario para Freud es ver que el niño insistía en repetir infatigablemente el primer acto, hecho que resultaba particularmente extraño, ya que existía mayor placer en el segundo, en el encuentro. Veremos que, para el autor, solo es posible que el niño repita una y otra vez este hecho porque en el encuentra una satisfacción, pero que no es por la vía del placer. Algo que no es el placer lo satisface.

En este momento, el propio Freud se interroga ¿cómo es posible conciliar con el principio de placer un juego en el que se repite una experiencia desagradable?

Siguiendo la línea de pensamiento, este hecho da indicios sobre cómo aún el niño encontrándose bajo el imperio del principio de placer pone en acto mediante el juego el recuerdo de un suceso displacentero, ¿cómo es que algo displacentero puede repetirse contradiciendo el principio de placer? Pero además de poner en escena el displacer bajo la primacía del principio de placer, ahora bien, ¿qué relación guarda con el principio de placer la reiteración, mejor dicho, la compulsión a la repetición?

### **3era objeción: Compulsión a la repetición**

En *Recordar, repetir y reelaborar* (1914/1991) es donde Freud por primera vez utiliza el término compulsión a la repetición. En el mismo, realiza un breve repaso sobre las diferentes técnicas que ha utilizado el psicoanálisis desde su comienzo. Menciona a la catarsis breueriana a partir de la hipnosis, la asociación libre por parte del paciente a partir de la cual el analista buscaba sortear la resistencia a través del trabajo interpretativo. Al hablar de la nueva técnica, expresa que el analista no se enfoca en ningún suceso en particular, sino que lo que trata es de discernir cuales son las resistencias y las manifiesta. En términos descriptivos, se trata de llenar las lagunas del recuerdo, y desde el punto de vista dinámico, de vencer las resistencias. Contraponiendo esta técnica con las anteriores dice que “el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego que lo hace” (p. 152). Más adelante enuncia, “durante el lapso que permanezca en tratamiento no se librará de esta compulsión de repetición, uno comprende, al fin, que esta es su manera de recordar” (p. 152).

Previo a *Más allá del principio del placer*, ya en *Lo ominoso* (1919/1992b), Freud expone una visión interesante. Expresa que en el inconsciente existe un imperio de la compulsión a la repetición, lo cual probablemente depende de la naturaleza más íntima de las pulsiones, y que tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer y es quien confiere el carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica. Si leemos entrelineas estos enunciados, vemos indicios de lo que postulará en relación al principio de placer en 1920, y como hemos visto en las páginas anteriores, la mayoría de ellas las ha venido explicando y reformulando desde hace 25 años.

En *Más allá del principio del placer* (1920/1984), Freud expresa que la compulsión a la repetición corresponde a lo reprimido inconsciente. Las resistencias provienen del yo del paciente y no hay duda de que están al servicio del principio de placer, pues quieren ahorrar el displacer que supondría la liberación de lo reprimido. Se pregunta Freud (1920/1984)

entonces ¿qué relación guarda con el principio de placer la compulsión a la repetición?, la cual constituye una exteriorización forzosa de lo reprimido.

Es claro que, las más de las veces, lo que la compulsión de repetición hace revivenciar no puede menos que provocar displacer al yo, puesto que saca a luz operaciones de mociones pulsionales reprimidas. Empero, ya hemos considerado esta clase de displacer: no contradice al principio de placer, es displacer para un sistema y, al mismo tiempo, satisfacción para el otro. Pero el hecho nuevo y asombroso que ahora debemos describir es que la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces. (Freud, 1920/1984, p. 20)

Freud comenta que teniendo en cuenta la conducta de los pacientes durante la transferencia y el destino fatal –neurosis de destino- de los seres humanos, no existen dudas de que “en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer (...) Compulsión de repetición y satisfacción pulsional placentera directa parecen entrelazarse en íntima comunidad” (1920/1984, p. 22).

Sobre el final de *Más allá del principio de placer* (1920/1984), el autor admite por primera vez, a causa de los sueños en la neurosis traumática, que ellos constituyen una excepción respecto a la tesis del sueño como cumplimiento de deseo. Admitida esta excepción, se pregunta si es posible que los sueños de impresiones traumáticas obedezcan a la compulsión a la repetición.

Freud (1920/1984) comenta que a menudo la compulsión de repetición resulta un estorbo terapéutico cuando al final de la cura el médico se empeña en el desasimiento completo del enfermo (respecto de su médico) y el analizante -por temor a despertar algo que considera que sería mejor dejar dormido- se ve sometido a esta compulsión demoníaca.

En esta línea, en *El yo y el ello* (1923/1992), Freud postula la reacción terapéutica negativa, una resistencia al tratamiento psicoanalítico -difícil de resolver- que generaba un empeoramiento en la sintomatología del paciente cada vez que se percibía un progreso en el análisis. Pareciera que el paciente prefiriera la persistencia de su padecimiento.

Luego del recorrido realizado a través de los sueños traumáticos en las neurosis de guerra y el juego del fort-da, Freud se cuestiona, “¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión a la repetición?” (1920/1984, p. 36). Lamovsky (2013) nos plantea, que con *Más allá del principio de placer*, la repetición pasa de ser un hecho contingente a convertirse en un dato mismo de la estructura subjetiva. Este aspecto lo resaltaremos en el próximo capítulo al enlazar el goce con la repetición.

## **Pulsión de muerte**

Strachey (1957) comenta en la nota introductoria de *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915/1992) que la palabra *Trieb* apenas aparece en las formulaciones de los trabajos con Breuer ni en *La interpretación de los sueños* (1900). Expresa que recién es mencionada ampliamente en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). Aunque no aparecieran con el nombre de pulsión, ellas ya se encontraban presentes bajo denominaciones como excitaciones, representaciones afectivas, estímulos endógenos. Ya mencionamos en el presente trabajo, que en *Proyecto de psicología* (1895), se hace referencia a los estímulos endógenos, que claman necesidades que deben ser satisfechas en el mundo exterior.

Respecto a la teoría pulsional, Strachey (1957) comenta que en varios pasajes Freud manifiesta su insatisfacción ante la total inexistencia de una doctrina pulsional que oriente de algún modo. Agrega también, que el autor siempre se encargó de destacar el carácter oscuro que revisten las pulsiones dentro de la teoría psicoanalítica.

Puntualmente en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915/1992) establece que la pulsión constituye un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, “como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (p.177). En este texto distingue dos grupos de pulsiones, las yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales, las cuales formula a partir de las neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva) puesto que en ellas se hace evidente el conflicto entre los reclamos de la sexualidad y los del yo (Freud, 1915/1992).

En *Más allá del principio de placer* (1920/1984), a pesar de haber definido previamente qué denomina por pulsiones, enuncia que “una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior” (1920/1984, p.36). Esta forma de entender la pulsión -por extraña que parezca advierte el autor- nos obliga a reconocer la naturaleza conservadora del ser vivo, a diferencia de reconocerla como un esfuerzo en el sentido de cambio y de desarrollo (1920/1984).

Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: La meta de toda vida es la muerte; y retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo. (Freud, 1920/1984, p. 38)

A partir de todo lo expuesto hasta el momento, Freud (1920/1984) se cuestiona si, prescindiendo de las pulsiones sexuales, no existirán otras que intenten restablecer un estado inorgánico anterior<sup>2</sup>.

Para empezar, este resultado no estaba en nuestras intenciones. Más bien hemos partido de una tajante separación entre pulsiones yoicas=pulsiones de muerte, y pulsiones sexuales=pulsiones de vida. Estábamos ya dispuestos a computar las supuestas pulsiones de autoconservación del yo entre las pulsiones de muerte, de lo cual posteriormente nos abstuvimos, corrigiéndonos. Nuestra concepción fue desde el comienzo dualista, y lo es de manera todavía más tajante hoy, cuando hemos dejado de llamar a las opuestas pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida y pulsiones de muerte. (Freud, 1920/1984, p. 52)

En *Más allá del principio de placer*, expone los motivos que le permitieron reformular su tesis sobre las pulsiones, pero no nos brinda mayor información que lo expuesto hasta el momento.

Más adelante, en *El yo y el ello* (1923/1992) Freud destaca el accionar silencioso de la pulsión de muerte al decir: “se nos impone la impresión de que las pulsiones de muerte son, en lo esencial, mudas, y casi todo el alboroto de la vida parte del Eros” (p. 47). Esto pone en evidencia la dificultad que existe para reconocer desde el punto de vista clínico a la pulsión de muerte. A su vez, Freud (1923/1992) agrega que resulta fácil encontrar un representante para Eros, pero “nos contenta mucho que podamos pesquisar en la pulsión de destrucción, a la que el odio marca el camino, un subrogado de la pulsión de muerte, tan difícil de asir” (p. 43).

En este sentido, Freud en *Esquema del psicoanálisis* (1938/1991) -uno de sus últimos escritos- deja establecido cuales son las pulsiones que él entiende como básicas:

Hemos averiguado que las pulsiones pueden alterar su meta (por desplazamiento): también, que pueden sustituirse unas a otras al traspasar la energía de una pulsión sobre otra. Tras larga vacilación y oscilación, nos hemos resuelto a aceptar solo dos pulsiones básicas: Eros y pulsión de destrucción. (Freud, 1938/1991, p 146)

Corsi (2002), nos explica que la pulsión de vida tiene como deber liberar al organismo de la acción destructora de la pulsión de muerte, a través de su fusión con ella. Dicha fusión puede seguir dos caminos: puede encontrarse dirigida al mundo exterior como agresividad, o puede permanecer en el interior del organismo.

---

<sup>2</sup> Freud se basa en los trabajos de A. Weismann (1882, 1884, 1892 entre otros) sobre la duración de la vida y de la muerte de los organismos

Corsi (2002), plantea que el concepto de pulsión de muerte ha quedado en un terreno de controversia y oscuridad dentro del psicoanálisis. Aclara que para algunos autores este concepto ha permitido una mayor profundidad a la ahora de entender el sufrimiento del sujeto y los fenómenos autodestructivos, mientras que para otros resulta una visión meramente especulativa, llena de contradicciones e innecesaria desde el punto de vista clínico.

En el siguiente apartado, veremos cómo esta reformulación de la teoría de las pulsiones, tiene sus consecuencias en lo que refiere al masoquismo.

### **Masoquismo**

Recordemos que en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), y posteriormente en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), el masoquismo -pulsión parcial complementaria al sadismo- se entendía como una vuelta del sadismo hacia el propio sujeto. Hasta este momento, Freud entiende al sadismo como una pulsión de dominio, donde el masoquismo responde a una vuelta del sadismo sobre sí mismo y al mismo tiempo como una transformación de la actividad en pasividad.

En *Más allá del principio de placer* (1920/1984), Freud comenta que desde siempre se ha reconocido un componente sádico en la pulsión sexual, pudiendo volverse autónomo y gobernar en calidad de perversión. Se pregunta entonces cómo es posible que, partiendo de las pulsiones de vida conservadoras, se derive una pulsión sádica con fin de dañar a un objeto. Explica que en el sadismo la pulsión de muerte se presenta apartada del yo mediante la libido narcisista. Y en cuanto al masoquismo, revela que sería necesario enmendar aquella exposición previa ya que existen indicios de un masoquismo primario (Freud, 1920/1984).

En *El problema económico del masoquismo* (1924/1992), Freud retoma estos aspectos mencionados y ofrece una descripción más completa del enigmático fenómeno del masoquismo. Lo primero que enuncia es que el masoquismo resulta incomprensible si consideramos que el principio de placer es quien gobierna los procesos anímicos. Pues si el dolor y el displacer dejan de ser advertencias para constituirse en metas, el principio de placer queda paralizado (Freud, 1924/1992). “Entonces se plantea la tarea de indagar la relación del principio de placer con las dos variedades de pulsiones que hemos distinguido, las pulsiones de muerte y las pulsiones eróticas (libidinosas) de vida” (p. 165).

Corsi (2002), plantea que, con el surgimiento de la pulsión de muerte, Freud plantea un masoquismo primario. En un primer momento, existiría una etapa donde la pulsión de muerte se concentraría en el sujeto. Cuando la pulsión de vida se enlaza a la pulsión de muerte, gran parte de dicha fusión se exteriorizaría como una pulsión destructiva, tanto al

servicio de la función sexual como de la agresividad ejercida sobre otros. Este sadismo, también puede volverse hacia el propio sujeto, constituyendo el masoquismo secundario. Aquello que producto de la fusión de la pulsión de vida y de muerte no sale al exterior, queda en el organismo y es lo que Freud denomina como masoquismo primario. Este masoquismo primario, autores como Laplanche y Pontalis - según Corsi- lo asocian con la reacción terapéutica negativa antes mencionada.

Freud (1924/1992) formula que podemos observar al masoquismo bajo tres figuras: como condición sujeta a la excitación sexual (masoquismo erógeno), como expresión de la naturaleza femenina (masoquismo femenino) y como norma de la conducta de la vida (masoquismo moral). Estos se encuentran erigidos sobre el masoquismo primario, concebido como resultante de la mezcla y desmezcla de las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte dirigidas hacia el yo (Freud, 1924/1992).

Para cerrar el presente capítulo, plantearemos una cita que oficiará de trampolín para comprender el próximo. En relación a la pulsión de destrucción, resulta interesante el siguiente fragmento de *Esquema del psicoanálisis*: “con la instalación del superyó, montos considerables de la pulsión de agresión son fijados en el interior del yo y allí ejercen efectos autodestructivos” (Freud, 1938/1991, p. 148).

¿Superyó?, ¿pulsión de agresión al interior del yo?, ¿autodestructivo?, la pregunta es, ¿será que Freud intuía algo- además del más allá del principio de placer- que no tuvo tiempo de elaborar?

## Capítulo Dos: Goce

---

---

En los siguientes párrafos abordaremos la temática del goce, concepto crucial sin el cual sería difícil, desde el psicoanálisis, comprender los fenómenos que acontecen en el ámbito analítico.

El goce no debe ser únicamente entendido como una noción más dentro de la teoría psicoanalítica, sino que ocupa un lugar de fundamento dice Rabinovich (2017), pues considera que los conceptos centrales del psicoanálisis deben ser comprendido en función de la lógica del goce.

Así como destacamos su relevancia, también es importante resaltar lo arduo y embarazoso que resulta acercarse a esta noción. El propio Lacan se las ingenió para enmarañar aún más una noción que ya de por sí resulta compleja, y que a lo largo de su obra fue modificando según avanzaba en sus teorizaciones.

Por este motivo adelantamos que no es posible reunir en estas páginas todo lo que abarca la noción de goce que ha desarrollado Lacan, sino que se expondrán formulaciones del seminario 7, referido al goce en cuanto a satisfacción de la pulsión. También se sumarán aportes de los seminarios 11 y 17 para poder realizar una articulación más precisa en cuanto al goce y la repetición. Se aclara de antemano que lo expuesto, dejando de lado ambiciones pretensiosas, constituye un primer acercamiento a esta temática, por lo cual han quedado por fuera varias nociones que se imbrican con las antes mencionadas.

### **Antecedentes en Freud**

Chemama (2008) explica que goce es un concepto elaborado verdaderamente por Lacan, que busca prolongar la idea freudiana de un “más allá del principio de placer”. El propio Lacan (1962-3/2016), en referencia al goce expresa que “todo esto, no soy yo quien lo inventa, y no soy yo quien lo articula, está dicho en sus propios términos en Freud” (p. 139).

Al igual que Lacan, otros psicoanalistas también señalan pasajes en la obra de Freud, que permiten pensar de manera anticipada el concepto de goce.

Soler (2013) plantea que, según Lacan, ya desde el *Proyecto de psicología* (1895), el principio de placer es derrocado, pues desde el comienzo Freud descubre y demuestra la

existencia de las huellas mnémicas. Por tanto, dado que la experiencia es una huella mnémica, el principio de placer como rector de la vida anímica ya no puede sostenerse, pues existen experiencias que se alejan de este principio.

El próximo pasaje, consideramos resulta en extremo ilustrativo para comprender el concepto de goce. Chemama (2008) destaca una aclaración en la nota al pie que realiza el propio Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1992), donde explicita el significado del término *Lust*.

Es por demás instructivo que la lengua alemana tome en cuenta, en la acepción de la palabra *Lust*, el papel de las excitaciones sexuales preliminares, mencionado en el texto, que simultáneamente ofrecen una cuota de satisfacción y contribuyen a la tensión sexual. *Lust* tiene doble significado, y designa tanto la sensación de la tensión sexual (*Ich habe Lust: me gustaría, siento ganas de*) como la de la satisfacción. (Freud, 1905/1992, p. 194)

Con *Lust*, encontramos que tensión y satisfacción, conceptos que podríamos calificar como antitéticos - ¿satisfacción en la tensión? -, se condensan en un solo vocablo. Chemama (2008) comenta que esta sería una noción de goce anticipada en las observaciones de Freud.

Freud, en algunos de sus historiales clínicos, rodeó la noción de goce, dejando así indicios que posteriormente permitieron su elaboración. Yosifides y De Bortoli (2005), proponen el siguiente fragmento del historial de Elisabeth Von R.:

Pero cuando en la Señorita Von R. se pellizcaba u oprimía la piel y la musculatura hiperálgicas de la pierna, su rostro cobraba una peculiar expresión, más de placer que de dolor, lanzaba unos chillidos (...) su rostro enrojecía, echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos, su tronco se arqueaba hacia atrás. (Freud, 1895/1992b, p. 153)

Según estos autores, este podría constituir un primer indicio que permite unir dolor, placer, sufrimiento y sexualidad. Algo similar sucede con el siguiente historial.

Citemos ahora un extracto específico de *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las Ratas)*: “En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que solo puedo resolver como horror ante su placer, ignorado (*unbekennen*) por el mismo” (Freud, 1909/1992, p. 133).

Braunstein (2006) asegura que Freud capta algo en la expresión del hombre de las ratas en el momento en que recuerda el relato de la tortura: un intenso placer desconocido por el paciente. Chemama (2008) agrega que el Dr. Lehrs (hombre de las ratas) pone en acto en la sesión algo que tiene un valor de goce.

Por otro lado, Braunstein (2006) destaca que el júbilo en el rostro del nieto de Freud, al lanzar el carretel, es también un indicio que lo que más tarde Lacan denominará como goce.

Teniendo en cuenta estos indicios, y seguramente algún otro que no hemos destacado... ¿cómo introduce Lacan el concepto de goce en su obra?

## Goce

Evans (2007) dice que goce no aparece en la obra de Lacan hasta 1953, momento en el cual comienza a utilizarlo, pero de manera esporádica. Ya en los seminarios 1 y 2, lo utiliza, pero principalmente haciendo referencia a la dialéctica hegeliana entre amo y esclavo – que posteriormente retomará- en donde el esclavo trabaja para producir objetos de goce para el amo. Evans (2007), aclara que hasta 1957 es empleado para hacer referencia al goce de un objeto sexual y más tarde, en 1958, lo emplea para referirse al orgasmo.

En el *Seminario 7 La ética del psicoanálisis*, Lacan (1959-60/2017) abarca puntualmente la paradoja del goce. Enuncia que, siguiendo los planteos expresados por Freud en *El malestar en la cultura* (1930), podemos pensar al goce como un mal. Este mal, este goce, tiene que ver con aquello que Freud denominó como el más allá del principio del placer (Lacan, 1959-60/2017).

Ya antes de las formulaciones extremas de *Más allá del principio de placer*, está claro que la primera formulación del principio de placer como principio del displacer o de menor-padecer, entraña con toda seguridad un más allá, pero que está hecho justamente para mantenernos más acá de él. Su uso del bien se resume a que, en suma, este nos mantiene alejados de nuestro goce. Nada es más evidente en nuestra experiencia clínica. ¿Quién es aquel que, en nombre del placer, no flaquea a partir del primer paso un poco serio hacia su goce? ¿no es esto lo que palpamos todos los días? (Lacan, 1959-60/2017, p 231)

Desde el inicio entendemos que si existe una tendencia que nos dirige hacia el placer, es porque más allá de eso existiría un displacer. Podemos decir entonces que el principio de placer podría constituir un sistema de protección ante el goce. Es interesante la pregunta final, ya que queda planteado que, en la experiencia clínica, el sujeto a menudo en la búsqueda de placer, tropieza y se encuentra con su goce.

Resultan interesantes las formulaciones que realiza Lacan (1959-60/2017) en relación al Bien Supremo enunciado por Aristóteles en *Ética a Nicómaco*. Dice que, mediante el camino hacia el bien y la felicidad, se falla el acceso al goce, debido a que la búsqueda de la felicidad estaría regida por el principio del placer (p. 231). Al respecto explica que “la paradoja del goce introduce su problemática en esta dialéctica de la felicidad en la que nos hemos aventurado, nosotros, los analistas, - ¿quién sabe? - quizás imprudentemente” (Lacan, 1959-60/2017, p. 239). Relacionando esta cita con la precedente, podemos inferir que, de alguna forma, en pro

de “alcanzar” la felicidad y el placer, de forma inoportuna nos topamos con aquello que tiene que ver con el goce. ¿Por qué el goce se nos impone? ¿que se encuentra allí?

Rabinovich (2017) explica que es en ese seminario donde Lacan introduce de manera conceptual la categoría de goce como la satisfacción de la pulsión.

Problema del goce, en tanto que este se presenta como envuelto en un campo central, con caracteres de inaccesibilidad, de oscuridad y de opacidad, en un campo rodeado por una barrera que vuelve su acceso al sujeto más que difícil, inaccesible quizás, en la medida en que el goce se presenta no pura y simplemente como la satisfacción de una necesidad, sino como la satisfacción de una pulsión, en el sentido en que este término exige la elaboración compleja que intento articular ante ustedes. (Lacan, 1959-60/2017, p. 260)

El goce implica la satisfacción de la pulsión. En relación a las pulsiones Soler (2013), pone de relieve que Freud y Lacan las conciben de diferente manera. A lo largo de su obra Freud postula que el empuje de la pulsión proviene del organismo, desde una perspectiva biológica; en cambio Lacan la plantea como un empuje que es inherente a un organismo hablante. Y, además, mientras que por un lado Freud postula un dualismo pulsional, Lacan (1964/2016) concibe que toda pulsión es pulsión de muerte.

Siguiendo con las diferencias entre Freud y Lacan, Imbriano (2008) dice que, mientras Freud plantea el aparato psíquico en términos de economía energética, Lacan lo hace en relación a la economía política. Es decir, que el goce como satisfacción es algo que se produce, es un producto. De esta manera, Imbriano (2008) explica, siguiendo los términos de la economía, que podríamos pensar que existe ganancia y pérdida de goce. Más adelante volveremos -brevemente- sobre estos aspectos. La producción de goce se debe a la operación del significante<sup>3</sup> sobre el cuerpo, produciendo una forma de satisfacción. Es necesario destacar que esta satisfacción es parcial.

Continuando con la noción de goce, términos como deseo y placer podrían confundirnos si pensamos en ellos en función al uso que le demos cotidianamente, pero en psicoanálisis tienen una connotación diferente. Braunstein (2006) sugiere que el término goce debe distinguirse de lo que entendemos por deseo, y por lo que parece ser su sinónimo, el placer.

Lacan (1966a) en una conferencia sobre el lugar del psicoanálisis en la medicina en La Salpêtrière, explica claramente la diferencia entre estos tres conceptos. En relación al

---

<sup>3</sup> Entendemos al significante como un elemento del discurso, que guarda registro a nivel consciente e inconsciente, que representa y determina al sujeto (Chemama, 1995, 401).

placer, revela que es aquello que tiende a hacer desaparecer la tensión, por lo cual constituye un punto de alejamiento en relación al goce.

Pues lo que yo llamo goce en el sentido en que el cuerpo se experimenta, es siempre del orden de la tensión, del forzamiento, del gasto, incluso de la hazaña. Incontestablemente, hay goce en el nivel donde comienza a aparecer el dolor, y sabemos que es sólo a ese nivel del dolor que puede experimentarse toda una dimensión del organismo que de otro modo permanece velada. (Lacan, 1966a, p.17)

Por último, en relación al deseo, expresa que este constituye un punto de compromiso, pues es lo que habilita a mover un poco más allá la barrera del placer. Al decir de Chemama (2008), el deseo se encuentra tomado por el lenguaje, alienado por el significante. “¿Cómo el sujeto humano puede satisfacerse con eso? Es una satisfacción que no cae por su propio peso. Y bien, es precisamente esa satisfacción que no cae por su propio peso lo que llamaremos goce” (Chemama, 2008, p. 29).

A partir del momento que inscribimos el goce por el lado de un franqueamiento, de un exceso, incesantemente corremos el riesgo de oponerlo de manera demasiado radical a un deseo que, por su parte, al funcionar en el campo del lenguaje, está más bien del lado de la metáfora o la metonimia, un deseo que no representa al objeto que lo causa sino de manera indirecta. Sin duda, no hay que perder de vista que lo que da toda su fuerza al deseo, lo que lo hace indestructible, a su manera, es precisamente su relación con el goce. El deseo está en cierto modo determinado como búsqueda de goce. (Chemama, 2008, p. 61)

Si comprendemos al deseo como aquello inalcanzable, aquello que falta, en la medida en que esa misma falta es la que impulsa al sujeto hacia adelante. Por otro lado, Chemama (2008) manifiesta que el goce se satisface en sí mismo, podemos pensarlo como aquello que vendría a obturar la falta que produce el deseo, viene a cerrar el deseo.

### **Goce y repetición**

Antes de seguir avanzando en relación al goce, haremos mención al concepto de repetición.

En primer lugar, es necesario distinguir los términos repetición y reproducción en psicoanálisis, ya que en el cotidiano en oportunidades se utilizan de manera indistinta.

Lamovsky (2013) plantea que reproducción o reiteración de lo mismo se ubica en el campo de lo real<sup>4</sup>, escapando a lo simbólico, por lo cual se repite siempre de la misma manera. La repetición de lo mismo es algo habitual en la clínica, y también en la vida cotidiana, ejemplos de ello pueden ser la reproducción los episodios de neurosis traumáticas y sueños traumáticos. Estas reproducciones son actualizaciones idénticas de algo que “sigue siendo”.

Por otro lado, se encuentra la repetición. En este caso, no se trata de un volver a vivir, sino que se trata de volver al mismo lugar, pero no para encontrar lo mismo. En este sentido, Stepak (2011) nos explica que la repetición, exige lo nuevo, no es reencontrar la misma cosa. Existe algo del orden del forzamiento, por lo cual se encuentra por fuera de lo que tiene que ver con el principio de placer. Como mencionamos anteriormente, la repetición es una cualidad de la pulsión. Podemos ejemplificar esto retomando lo ya expuesto en el capítulo uno en cuanto al juego del fort-da. El fort-da es una creación del sujeto explica Lamovsky (2013), pues constituye una repetición que inaugura una diferencia, se evidencia una función creacionista del significante. “A esta la vamos a llamar repetición en lo simbólico, o insistencia significativa o como Lacan la llamo automatismo de repetición. Con ella creamos y gozamos de la vida” (p.3).

Lacan (1964/2016) en el *Seminario 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, hace referencia a la función de la repetición, entendiéndola desde su articulación con el significante.

Lacan (1964/2016) utiliza los términos *automaton* y *tyche* -tomados del vocabulario aristotélico- con el fin de diferenciar dos tipos de repetición: la repetición de la cadena significativa de lo que está más allá de esta. *Automaton*, es aquello que regresa, que retorna, es la insistencia de los signos, que se somete al principio de placer. Al decir de Lamovsky (2013), el *automaton* o automatismo de repetición es lo que se reitera desde las redes de significantes que forman parte del saber inconsciente. Por otro lado, Lacan (1964/2016) señala que *tyche* se encuentra detrás del *automaton*, y tiene que ver con el encuentro con lo real. Este, se caracteriza por ser un encuentro fallido al enfrentarse con lo imposible, con lo inasimilable.

Ya en el capítulo anterior, habíamos vislumbrado que la pulsión y repetición son nociones solidarias que se encuentran estrechamente vinculadas. Al respecto, Rabinovich

---

<sup>4</sup> Lo real, junto con lo simbólico y lo imaginario, (RSI) constituyen los tres registros que establece Lacan. En el seminario 11, lo real es definido como fuera del alcance del lenguaje, es lo inasimilable por la simbolización. “Tendremos que definir lo real como lo imposible” (Lacan, 1964/2016, p 174). Es esta resistencia e imposibilidad de ser simbolizado lo que le confiere su cualidad esencialmente traumática.

(2017) revela que la pulsión busca siempre repetir un goce, que en el origen ingreso al terreno del sujeto y desde allí se funda la matriz de la repetición.

En el *Seminario 17 El reverso del psicoanálisis*, Lacan (1969-70/2010) articula la relación que guarda la repetición con el goce. Lo expresa de la siguiente manera:

Lo que precisa de la repetición es el goce, término que le corresponde en propiedad. En la medida en que hay búsqueda de goce en tanto repetición, se produce lo que está en juego en ese paso, ese salto freudiano - lo que nos interesa como repetición y que se inscribe por una dialéctica del goce, es propiamente lo que va contra la vida. Si Freud se ve, de algún modo, obligado, por la misma estructura del discurso, a articular el instinto de muerte, es en relación con la repetición. (p. 48)

Basado en los hechos de la experiencia clínica, el autor asegura que la repetición se funda en un retorno al goce, y es en esa repetición - ya lo decía Freud, aclara el autor- se produce un defecto, un fracaso. La repetición se trata de un encuentro siempre evitado, es una cita siempre fallida con lo real. “El reencuentro del objeto nunca es el encuentro del objeto perdido sino que es la actualización de la pérdida” (Lamovsky, 2013, p. 5).

En relación al objeto perdido, Rabinovich (1995), refiere que Freud plantea el momento de la primera mamada como mítico genético, del cual nacen dos referentes fundamentales de la economía libidinal: la huella mnémica de la experiencia del placer obtenido y el objeto como profundamente perdido. En esta primera experiencia de satisfacción queda fijada la inscripción del placer. Y en este punto de partida, Lacan habla del fracaso del encuentro como constitutivo del goce, pues ubica que en este primer encuentro los significantes del deseo materno capturan el cuerpo del niño en el campo de la significación, la cual constituye una primera operación significativa, por lo tanto, goce. De esta operación queda un resto remanente que constituye el objeto a, irreductible a ser simbolizado. Rabinovich (1995) dice que Lacan denomina a esta primera operación castración primaria.

Lacan (1969-70/2010), expresa que lo que se repite se encuentra en posición de pérdida respecto a lo que es repetido. “En relación con esta pérdida (...) Freud insiste, en la misma repetición hay una mengua de goce” (p. 49). Agrega que Freud, en su obra, hace referencia a que el sujeto se encuentra en una permanente búsqueda de aquel goce ruinoso.

Para aclarar un poco más esta idea –sin profundizar en definiciones que exceden la temática- los autores Allegro, Benjamín y Rivas (2009) expresan:

La repetición, más allá de la lógica homeostática del principio del placer, implica a la vez goce y mengua de goce; esto es fiel a la perspectiva freudiana respecto del objeto perdido y su búsqueda nostálgica en el origen mismo del aparato psíquico.

Entendemos entonces-retomando lo planteado en cuanto a la economía política-, que en la repetición hay una pérdida de goce al mismo tiempo que se produce goce en la búsqueda del objeto perdido.

Rabinovich (2017), nos explica que cuando se articula el goce con la repetición de un evento que resulta traumático, pareciera como que la pulsión quedara del lado de lo “malo”, de lo destructivo, como si el mismo sujeto se tendiera sus propias trampas. Es en este sentido que en los próximos párrafos intentaremos articular lo vertido conceptualmente hasta ahora respecto al goce con lo que acontece en la consulta analítica.

### **Goce en la clínica psicoanalítica**

Antes de adentrarnos específicamente en la experiencia analítica, mencionaremos un ejemplo cotidiano que propone Rabinovich (2017), el cual nos acerca a un mejor entendimiento sobre lo planteado en las páginas previas y de lo que expondremos a continuación.

El autor sitúa que es esperable ver lágrimas en aquel que sufre ante una pérdida, desilusión o un intenso dolor. Pero existen otras lagrimas que brotan sin sufrimiento alguno, es más, son lagrimas que emergen a raíz de algo largamente anhelado (un reencuentro, un nacimiento, un triunfo, etc.). Rabinovich (2017) propone que estas lágrimas surgen como signos de algún desgarró ignorado por el sujeto como causa de una profunda experiencia de satisfacción. Las denomina “lágrimas de lo real”. “Lágrimas de lo real (...) ponen de manifiesto la estructura bifronte (placer y sufrimiento) de aquello que Lacan ha definido y nombrado como “goce” (p.16).

Estas lágrimas, logran manifestar algo inadvertido para el propio sujeto, hay algo que se muestra, pero el desconoce. Siguiendo esta idea, Nasio (1998) dice en relación a la experiencia analítica, esta tiene lugar cuando el paciente dice, pero no sabe que dice, cuando balbucea o duda. Por ello el autor recomienda estar atentos a los momentos en los cuales el lenguaje patina y la lengua se traba, pues “allí donde la palabra falla, aparece el goce” (p.16).

Como mencionamos al inicio, resulta habitual escuchar decir a los consultantes, que ellos tienden a repetir, tienen la percepción de que siempre se encuentran transitando senderos por los cuales ya han pasado que les producen incomodidad, frustración, infelicidad.

Al respecto Lacan dice:

Es evidente que la gente con que tratamos, los pacientes, no están satisfechos, como se dice, con lo que son. Y no obstante, sabemos que todo lo que ellos son, lo que viven, aun

sus síntomas, tiene que ver con la satisfacción. Satisfacen a algo que sin duda va en contra de lo que podría satisfacerlos, lo satisfacen en el sentido de que cumplen con lo que ese algo exige. No se contentan con su estado, pero aun así, en ese estado tan poco contento, se contentan. El asunto está justamente en saber qué es ese se que queda allí contentado. (Lacan, 1964/2016, p.173)

Podríamos preguntarnos, ¿qué es lo que se contenta?

Al respecto, Chemama (2008) dice que es frecuente encontrar, en el comienzo de las demandas de psicoanálisis, que el sujeto enuncia darse cuenta que incesantemente se pone en las mismas situaciones penosas, y vuelve a ellas tan regularmente que se pregunta si no será que encuentra algo en ellas. “¿Qué se satisface ahí? ¿en esa repetición que no es realmente satisfactoria?” (Chemama, 2008, p 19).

Veamos ahora, que relación guarda el síntoma con lo que venimos exponiendo en cuanto al goce.

Respecto al síntoma, Freud (1916/1991), dice que son “actos perjudiciales o, al menos, inútiles para la vida en su conjunto; a menudo la persona se queja de que los realiza contra su voluntad y conllevan displacer o sufrimiento para ella” (p. 326). Nasio (1998) nos invita a concebir al síntoma, no solo como aquello que produce malestar o sufrimiento, sino como aquello que se nos impone y nos interpela más allá de nosotros.

¿Pero cómo es posible? ¿Qué hay en mí para que el síntoma reaparezca de manera incontrolable y se repita tan implacablemente? ¿Cuál es entonces esta combinatoria que, por encima de mi voluntad, organiza la repetición de mis síntomas y asegura que uno de ellos aparezca justo a tiempo para que yo descubra que mi infortunio depende tan solo de mi deseo? (Nasio, 1998, p. 26)

Para Freud (1916/1991) los síntomas son portadores de sentido. El sentido del síntoma no es único ni cerrado, está sobredeterminado. Como forma de manifestación del inconsciente, el síntoma es una satisfacción sustitutiva producto de la negociación entre un deseo y el proceso defensivo, entre la libido y la represión. A través del síntoma el deseo se cumple, pero mediante el sufrimiento. “La modalidad de satisfacción que el síntoma aporta tiene en sí mucho de extraño. Prescindamos de que es irreconocible para la persona, que siente la presunta satisfacción más bien como un sufrimiento y como tal se queja de ella.” (Freud, 1916/1991, p.333).

Al respecto, Chemama (2008), dice que el síntoma satisface “algo”. Por la forma en la que se resiste “a la cura” en el ámbito del análisis, no quedan dudas que en él hay algo que se satisface. “Y como no se puede decir que esta satisfacción corresponda a lo que

generalmente entenderíamos por ese término, con bastante facilidad concebimos que más bien pertenece a lo que llamamos goce” (p. 144).

Rabinovich (2015) nos dice que el síntoma sería un vehiculizador de la repetición que reclama la pulsión. “Ya sea que hablemos de satisfacción de la pulsión – goce de la pulsión- o del goce del síntoma, ese goce se produce por la repetición y en la repetición; la repetición, es repetición de goce” (p 3).

El concepto asociado directamente al de goce es el de satisfacción pulsional. Goce es el nombre lacaniano de la satisfacción pulsional. (...) el goce es un efecto del significante operando sobre el cuerpo, apresándolo, produciendo una forma de satisfacción que está muy alejada a la satisfacción de una necesidad. (Imbriano, 2008, p 2)

Imbriano (2008) dice que el goce de la pulsión es siempre parcial, pues la clínica da cuenta de la imposibilidad de la satisfacción total de la pulsión. Este aspecto es el que relanza al sujeto una y otra vez a buscar una satisfacción “plena” que nunca llega.

Ya mencionamos al inicio, que los pacientes repiten situaciones que generan *displacer*, nos preguntamos ahora, ¿por qué?

Retomemos ahora lo planteado acerca de los sueños de los enfermos de neurosis de guerra. Rabinovich (1995) explica que Freud destacó la insistencia de una tendencia que buscaba hallar su satisfacción en la reedición de una experiencia que había resultado traumática. “A este placer en la reedición de una separación, a esta satisfacción en la reproducción de una pérdida, a este *Lust* en el *displacer* de una ausencia, es a lo que Lacan bautizó con el nombre de goce” (Rabinovich, 1995, párr. 4). De esta manera el goce queda estructuralmente identificado con la repetición de la castración, el goce solo es localizable en el más allá, dice el autor. Como dice Lacan (1977) “no sabemos cómo gozan los otros animales, pero sabemos que para nosotros el goce es la castración” (inédito).

Al respecto Soler (2013) comenta que es Lacan quien plantea que la pulsión de muerte freudiana es lo que él denomina separación. La separación de Lacan, explica Soler (2013), consiste en servirse de la falta del Otro para poder realizarse, y la manera de servirse de esto es colocar en la falta del Otro su propia falta, su propia pérdida. Y es a partir de la separación que el sujeto se engendra. Si el sujeto opera en la separación (de la cadena de significante) es para protegerse del significante por el cual sucumbe. La separación es una operación de constitución subjetiva, que permite al sujeto acceder a un “yo soy”, mientras que, en la cadena significante, él no puede acceder a este “yo soy” (Soler, 2013). Para ilustrar este concepto, podemos retomar el ejemplo que citamos anteriormente del *fort-da*. El niño repite de manera incansable el acto de arrojar el objeto lejos de su alcance. Insua (2014) dice que el niño goza con su desaparición, goza al producir su pérdida en el campo del Otro, para luego volver a

aparecer en el campo del Otro. “De una muerte se trata, pero no necesariamente la de terminar con la vida misma (...) morir a ese lugar en el que fuimos el falo del Otro para parirnos como sujeto (Insua, 2014, párr. 5).

Esta desaparición, este separarse del Otro, es lo que hace que el sujeto emerja como tal. “Que el ser humano se defina por lo que perdió es lo que demuestra ampliamente su vivencia más cotidiana” (Chemama, 2008, p. 40).

Hasta ahora, parece quedar claro que el concepto de síntoma guarda una estrecha relación con el de goce, y que este último se articula con el concepto de pulsión y su satisfacción, elementos fundamentales para pensar la clínica psicoanalítica.

Resulta evidente que, tanto en 1920, como en la época actual, la cuestión de aquello que produce displacer insiste y se repite, y produce inconvenientes a la hora de pensar el tratamiento de los pacientes. Al respecto, Soler (2004) refiere a la repetición como un tope frente al cambio, decir que el paciente repite habla de un obstáculo, aquello que resiste a ser modificado, pero en la experiencia psicoanalítica a “lo mismo” podemos darle un nombre: “indestructibilidad del deseo inconsciente” (p. 14). Esta autora, menciona que Lacan siempre mantuvo la unidad entre *Wiederholungszwang* (compulsión a la repetición) y la pulsión de muerte, considerando que ambas son nociones solidarias que se deducen claramente de la experiencia analítica.

En este sentido, González Imaz (2013), aporta que, debido a las características de la pulsión, el síntoma se encuentra asociado a la compulsión a la repetición, aportando una satisfacción más allá del principio del placer; encontrando en aquello que se repite un goce sustitutivo. Siguiendo con esta idea, Altayrac (2014), revela que el síntoma conlleva sufrimiento para los sujetos, pero al mismo tiempo gozan con él. Es un goce que insiste e imprime un carácter de fijeza en el padecimiento del sujeto. Esta característica se vuelve evidente al escuchar de boca de los pacientes frases como: “a mí siempre me pasa lo mismo”, “es que yo soy así” que denuncian aquello “inamovible” que insiste más allá de la voluntad del sujeto (Altayrac, 2014).

Según Nasio (1998), “el goce es el estado energético que vivimos en circunstancias límites, en situaciones de ruptura, en el momento en que se está por franquear un tope, por asumir un desafío, por afrontar una crisis excepcional, a veces dolorosa” (p. 51).

Con el fin de realizar una distinción más fina de cómo podríamos visualizar el goce clínicamente, Nasio (1998) expone ejemplos de juego infantil que permiten diferenciar el placer del goce. El niño que frente a sus pares se expone a una situación riesgosa con tal de poner a prueba al máximo sus habilidades, no solo goza frente a los otros, sino también él

mismo de ponerse al límite. Constituye un desafío. En cambio, aquel que disfruta del suave balanceo de una hamaca, no se expone a ningún riesgo. Supone una imagen que disminuye la tensión, mientras que en la primera, la tensión solo va en aumento.

A diferencia de lo que ocurre con el placer, el goce, dice Nasio (1998), es una sensación no sentida. “Cuando domina el goce, las palabras desaparecen y prevalece la acción. La hermana del goce es la acción, mientras que la del placer es la imagen” (p. 53). Dice el autor, que son situaciones en donde el sujeto es solo cuerpo, donde el sujeto no habla ni piensa.

Nos preguntamos ahora: ¿qué es lo que debe hacer el analista en relación al goce del sujeto? ¿cómo abordar al goce que genera sufrimiento?

González Imaz (2013) enuncia que el psicoanalista debe necesariamente trabajar con la dimensión clínica del síntoma, entenderlo como aquello que revela lo que “no anda bien” en el sujeto.

El psicoanálisis confía en el síntoma porque no lo considera un desecho, sino una formación que obedece a ciertas reglas. El síntoma constituye la enfermedad y al mismo tiempo, es el intento de curación que el propio sujeto del inconsciente lleva adelante. En la búsqueda de las causas y en la dirección de la cura, debe darse prioridad al síntoma. (González Imaz, 2013, p. 2).

Siguiendo con los aportes de González Imaz (2013), entendemos que la verdad que se encuentra en el síntoma, guarda relación con el goce del sujeto, un goce solo alcanzable a través del síntoma. El síntoma “oculta una verdad particular e intransferible: la posición de goce de cada sujeto” (p. 9).

Para el psicoanalista, el término goce, por más que remita al tenebroso nombre de Pulsión de muerte, no debería ser algo condenable, como tan a menudo lo es. El aforismo lacaniano “no ceder en el deseo”, no significa una invitación a desear y desear para mantenerse alejado del goce, como se lo malinterpreta a menudo. Esa es exactamente la función del Principio del Placer. Por el contrario, el principio ético implica: no detenerse ante “la realización del deseo”, que es del orden del acto donde se articula la repetición del goce. Se darán cuenta que se trata de un asunto delicado. Siempre estamos ante el riesgo de transformar el análisis en una acción moral. (Rabinovich, 1995, párr. 10)

Es claro que el trabajo del psicoanalista, siguiendo lo expresado por Rabinovich, requiere de mucha sutileza para no caer en el adoctrinamiento.

Respecto a nuestra interrogante, Chemama (2008) nos enseña que la cura debe dirigirse a tener en cuenta mejor el goce. Lo cual no significa que haya que evitarlo o “acotarlo”, pues esto redundaría en negar aquello que constituyó al sujeto.

Según Rabinovich (2014), la indicación de “acotar el goce”, ha cobrado en los círculos lacanianos una inmensa relevancia, la cual no considera sea correcta ni incorrecta, sino insuficiente. El sujeto se manifiesta ahí, en su goce. Es por este motivo que no es menester de los psicoanalistas acotar el goce, ya que en ella se encuentra la esencia del existir del sujeto.

El término acotar el goce, impresiona como aquello que el analista debe extinguir, porque, como mencionamos, el goce es un mal, y en ocasiones pareciera que lo que el analista debe proveer al paciente es un camino hacia el Bien supremo. Al respecto, Soler (2013) dice que el postulado del principio de placer es pre-analítico pues constituye un postulado aristotélico, al suponer que el sujeto está regido únicamente por la búsqueda del placer y la evitación del displacer “es decir, que busca esencialmente esta satisfacción templada, equilibrada, que él es placer que es una satisfacción siempre equilibrada. ¿Qué evita que? La excitación, la tensión y el conflicto” (p. 66).

El goce parece ser aquello temido. Frente a lo cual Insua (2014) nos ilustra:

No tendría lógica que se le temiera al goce si respondiera todo goce a un encuentro con el deseo del Otro. Allí se estaría en el campo del principio de placer, padeciendo el atrapamiento del Otro pero sin temor, ya que en ese terreno hay garantías. Entonces ¿por qué se le teme? Justamente porque implica la caída de toda garantía. Porque en verdad es un goce del sujeto. (Insua, 2014, párr. 6)

Si estuviéramos dentro del campo del principio del placer, como dice la autora, nos encontraríamos en un terreno provisto de certidumbres, pero cuando nos encontramos en el terreno del goce, prevalece la incertidumbre. Para reafirmar esta idea, recordemos que Lacan (1966b) en el *Seminario 13 El objeto del psicoanálisis* dice que “si hay un temor es el temor de gozar, siendo el goce, hablando con propiedad, una abertura de lo que no se ve el límite y de la que no se ve tampoco la definición” (inédito).

Si fuéramos sensatos, concluiríamos que nuestro deber es acotar ese goce mortífero. Este es el fondo de la cuestión “acotar el goce mortífero”, explicitada por los autores que pregonan la indicación de acotar el goce. Pero así, ¿no nos convertiríamos en juiciosos guardianes morales del reinado del Principio del Placer? Lo sensato para un psicoanalista es de orden ético, que es otra cosa muy diferente” (Rabinovich, 2014, párr.7)

Rabinovich (2017), refiere que la satisfacción pulsional -el goce- “es alcanzada en el seno de una experiencia traumática de pérdida, de desprendimiento, de separación, etc.” (p. 48). Goce *trau-matique* -dice el autor- representa la emergencia del sujeto ante la realización de un corte con el Otro. “Si lo que se repite del goce es el instante de la caída en lo real, es porque representa la emergencia del sujeto” (Rabinovich, 1995, párr. 8)

Didia (2000) explica que el goce mortífero, “parasitario”, está ligado a la repetición de lo mismo y no a la repetición de la insistencia significativa, que introduce la diferencia. La repetición de lo mismo toca con lo real, por lo cual es casi imposible la producción de un nuevo significativo que habilite un nuevo discurso. Pero cuando la repetición aparece como insistencia significativa, permite la producción de un nuevo significativo, y es lo que posibilita el curso del análisis.

Para terminar, citaremos una frase que nos invita, de cierta manera, sin brindar una respuesta acabada, a seguir reflexionando sobre el goce en la clínica psicoanalítica. “Y la cura, para terminar, consiste en ese latido entre goce y deseo, que da, a cada uno de nosotros, el estilo mismo de su existencia (Chemama 2008, p. 186).

## Reflexiones finales

---

---

La realización del presente trabajo monográfico ha configurado un gran desafío, no solo porque el mismo resume la actividad académica del estudiante, sino que al mismo tiempo nos pone a prueba y obliga, involuntariamente, a revisar todo el tránsito curricular por la Licenciatura. Hacer una revisión del camino recorrido permite visualizar aspectos que hoy producen regocijo, principalmente en relación a la re-lectura de los textos, los cuales luego de transcurrido un tiempo, al volver a ellos uno logra comprender nociones que no consiguió percibir en una primera lectura.

En este sentido, el principal desafío lo constituyó la lectura de los seminarios de Lacan. A pesar de haber disfrutado los seminarios optativos referidos a este autor, su lectura siempre me generó resistencia debido a la complejidad y lo enigmático que resultan algunos términos. Era inevitable que, al querer desarrollar el concepto de goce, no existía alternativa más que recurrir a él. Mi satisfacción fue descubrir, a pesar de no poder esgrimir correctamente todos los conceptos que vierte, pude desentrañar algunos aspectos con mayor facilidad que hace unos años atrás. Pero, aún queda mucho por recorrer...

Otra dificultad presente en la elaboración, fue delimitar el alcance que tomaría el trabajo en cuanto al goce. Nunca fue una pretensión del mismo realizar de manera exhaustiva un recorrido por todo el concepto de goce de Lacan, ni mucho menos se ha intentado esclarecer el significando original de goce que propone el autor. Esta monografía, constituye el primer paso en un largo camino de acercamiento al goce.

En relación a lo mencionado, también fue necesario reflexionar y definir, que otras nociones que elabora el autor serían articuladas en el presente trabajo, ya que, al hablar de goce, necesariamente hacemos mención a otros conceptos, por enumerar algunos: significante, cuerpo, lenguaje, rasgo unario, objeto a, Das Ding, etc. Si bien, aunque no aparecen expuestos en el trabajo, fue necesario indagar sobre ellos para poder comprender la literatura. Intentar aislar algunas nociones con el objetivo de poder brindar una explicación más detallada de las mismas supuso un problema, y al mismo tiempo constituyó un aprendizaje, pues ¿es posible separar nociones solidarias?, ¿realmente podemos aprehenderlas mejor de forma hermética?, ¿acaso en la clínica sucede así? Sabemos que no, nunca atendemos un paciente que consulta exclusivamente por un "tema", de repente

sabemos que existen abordajes que contemplan al sujeto de esa manera, pero no desde la óptica psicoanalítica desde la cual nos ubicamos.

En relación al trabajo, queda en evidencia, que, sí es posible delimitar un tema de estudio a priori, pero en la medida en que nos sumergimos en la temática, urge la necesidad de indagar en conceptos que de repente no se encontraban dentro de nuestro campo de estudio al comenzar. Esto sucedió al querer hablar del goce en la clínica psicoanalítica, no es posible hacerlo sin hablar del síntoma.

Resulta evidente que nociones como pulsión de muerte y goce, son tan amplias que es difícil poder acotar todo lo que ellas representan en un trabajo monográfico. Este trabajo constituye un primer acercamiento a estos conceptos, seguramente en futuras investigaciones, será necesario continuar indagando en aspectos que en esta oportunidad quedaron por fuera, como discriminar los diferentes goces que propone Lacan - goce fálico, el goce femenino, goce del Otro-, para poder lograr una mejor comprensión de la complejidad que supone el goce. A su vez, también quedo por fuera la posibilidad de pensar no solo en torno a los goces que trae el sujeto al análisis, sino también en relación al goce del analista.

Retomemos ahora la pregunta que movió la escritura de este trabajo, ¿porque repetimos lo que nos hace mal?

Hemos visto en las páginas anteriores, que esta pregunta ha despertado intriga en los psicoanalistas, desde Freud, pasando por Lacan, hasta los autores contemporáneos, así como también, a los sujetos que llegan a la consulta. Por lo cual, esto hace suponer, que si esta interrogante se ha mantenido con el paso del tiempo, resulta difícil de responder, y más aún, resulta difícil de “resolver”. ¿Por qué?

Freud desde el inicio, en el *Proyecto de Psicología*, ya tenía condensado gran parte del despliegue posterior de su teoría, y también se encontraba lo que Lacan más tarde denominó como goce. Desde el comienzo, vimos que el principio de inercia neuronal, cuya tendencia era disminuir el monto de excitación al mínimo, no es posible. Es decir, el aparato psíquico no puede descargar de manera absoluta la energía. Podemos decir que existe una descarga parcial. Suena similar a lo que esbozamos en relación al goce, que constituye una satisfacción parcial de la pulsión, es un goce incompleto, siendo imposible acceder a un goce absoluto.

El síntoma tiene dos caras, una inconsciente en la cual hay un alivio al satisfacerse parcialmente la pulsión, y por otra el sufrimiento que percibe el sujeto. Estas dos caras, dan cuenta de un sujeto escindido, por un lado sufre, y por el otro se alivia, goza, goza a través del síntoma. Síntoma que se impone y se repite a pesar del sujeto. Una repetición, que puede

ser vivida por el individuo como traumática, da lugar a la repetición de una satisfacción ignorada por él.

Reflexionar sobre el goce en la clínica psicoanalítica despertó inquietudes, ya que, nos remite a la ética de nuestra práctica y nos interpela al momento de ubicarnos como analistas ante el consultante. Es frecuente, principalmente en el momento actual, demandas que exigen inmediatez en el actuar del analista. Parece, a diferencia de lo que hemos planteado en relación al goce y principalmente a “acotarlo”, que los pacientes buscaran, de manera quirúrgica, que le extirpemos ese “mal”.

El síntoma del paciente, nos habla de la posición de goce del sujeto. Hemos expuesto, que lo que se repite en ese goce -desde el punto de vista lacaniano- constituye una separación. Esa separación da cuenta de la emergencia del sujeto, se-pare al mundo.

Desde un punto de vista ético, el goce del sujeto tiene que ver con su constitución. En él se juega su esencia, y su verdad. Ante la urgencia de tal pedido, ¿cómo ubicarnos desde un lugar que no busque subsanar el sufrimiento rápidamente? ¿cómo explicar -o no- que ese pedido no es posible, sino que forma parte del propio sujeto, y que el psicoanálisis no está detrás de una “domesticación” subjetiva?

Hemos visto que, es imposible vivir bajo el regimiento del principio de placer, ya que, en el sendero de su búsqueda, inevitablemente se tropieza con algo que se encuentra más allá de él. Por lo cual, resulta imposible la “anulación” del sufrimiento en pos de la felicidad, este no es un asunto que se resuelva en el ámbito analítico.

Como ha dicho Freud en varios pasajes, el terreno de las pulsiones es oscuro, y misterioso, y es de esa cara que debe ocuparse el analista en la “dirección de la cura”, la cual siempre constituye una elección del sujeto. Encontrar su verdad.

Para finalizar, tomaremos la fotografía de la primera página: “El éxtasis de Santa Teresa”. Reparando en su rostro, sin conocer los detalles del motivo de la obra, a primera vista puede parecer difícil distinguir si su semblante expresa dolor, o placer, o quizá, ambos. Esta dificultad motivó la búsqueda de la historia de la escultura, la cual representa el fenómeno de la transverberación. Transverberación - proviene del latín, traspasar-, es un fenómeno religioso en el cual se siente el corazón traspasado por un fuego sobrenatural, simboliza una unión íntima con Dios. Independientemente de las significaciones religiosas, esta obra ilustra, en parte, lo que hemos desarrollado a lo largo de la monografía. El más allá del principio de placer, genera un traspaso, nos lleva a franquear un límite, provocando dolor, sufrimiento; pero por otro lado, se produce una satisfacción pulsional, se produce el goce.

## Referencias bibliográficas

---

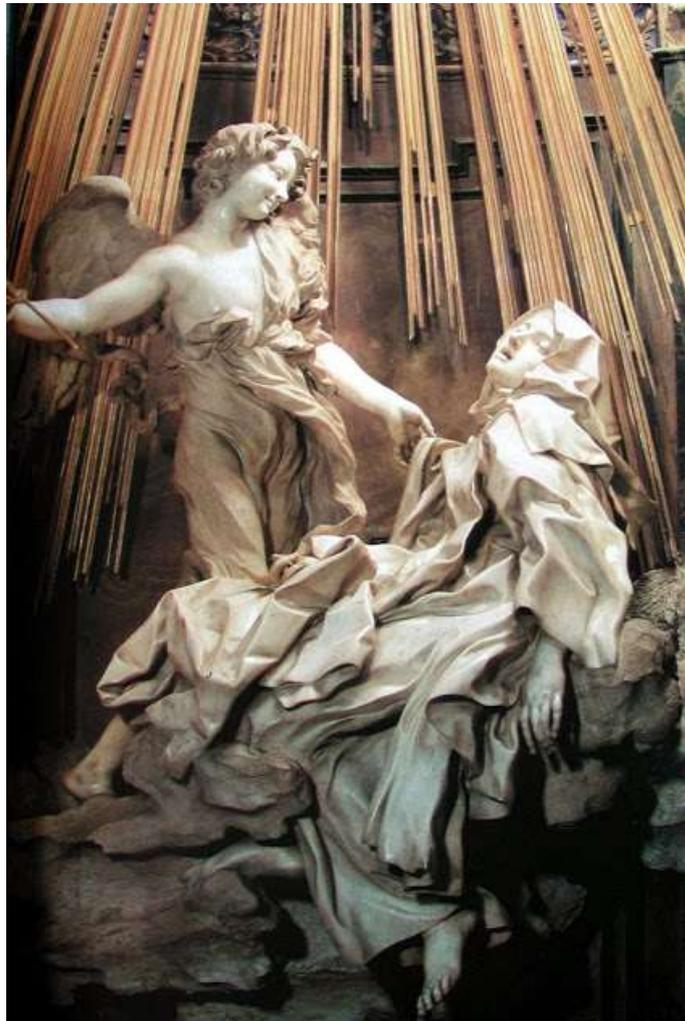
---

- Allegro, F.; Benjamín, A.; y Rivas, D. (2009). Puntualizaciones sobre el concepto de compulsión: la repetición entre pérdida de goce y plus de gozar. En *I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <https://www.aacademica.org/000-020/580.pdf>
- Altayrac, P. (2014) Masoquismo, la pregunta por el goce en el sufrimiento. *Nudos en psicoanálisis On Line*, Año IV (5), 47- 48. Recuperado de: <http://www.revistanudos.com.ar/docs/num5/Masoquismo.pdf>
- Braunstein, N. (2006) *El goce: Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Chemama, R. (1995) *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Chemama, R. (2008) *El goce, contextos y paradojas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Corsi, P. (2002) Aproximación preliminar al concepto de pulsión de muerte en Freud. *Revista Chilena de Neuro-psiquiatría*, (40) 4, 361-370. Recuperado de: [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0717-92272002000400008](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-92272002000400008)
- Didia, K. (enero, 2000) Repetición, goce y pulsión de muerte en la clínica. *Imago Agenda* (45). Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1274>
- Evans, D. (2007) *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1984), Más allá del principio de placer. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. XVIII pp. 1-62)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S. (1991), Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. XII, pp.217-231)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911)

- Freud, S. (1991), Recordar, repetir y reelaborar. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. XII, pp.145-158)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1991), Sobre la psicología de los procesos oníricos. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. V, pp.504-612)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1992), A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el Hombre de las Ratas). J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. X, pp. 119-194)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909)
- Freud, S. (1992), Inhibición, síntoma y angustia. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. XX, pp.71-164)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925)
- Freud, S. (1992a), Introducción a Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. XVII, pp.201-208)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919)
- Freud, S. (1992b), Lo ominoso. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. XVII pp. 215-252)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919)
- Freud, S. (1992a), Proyecto de psicología. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. I, pp.323-393)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895)
- Freud, S. (1992b), Señorita Elisabeth Von R. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. II, pp.151-194)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895)
- Freud, S. (1992), Pulsiones y destinos de pulsión. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras Completas: Sigmund Freud (Vol. XIV, pp.106-134)* Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1991), Conferencia 23: Los caminos de la formación de síntoma. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras completas: Sigmund Freud (Vol. XVI, pp. 326-343)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1916).
- Freud, S. (1992), Tres ensayos de teoría sexual. J.L. Etcheverry (Trad.) En: *Obras completas: Sigmund Freud (Vol. VII, pp. 109-224)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1905).

- Freud, S. (1992), El problema económico del masoquismo. J.L Etcheverry (Trad.) En: *Obras completas: Sigmund Freud (Vol. XIX, pp. 161-176)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1992), El yo y el ello. J.L Etcheverry (Trad.) En: *Obras completas: Sigmund Freud (Vol. XIX, pp. 1-66)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1991), Esquema del psicoanálisis. J.L Etcheverry (Trad.) En: *Obras completas: Sigmund Freud (Vol. XXIII, pp. 133-210)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1938).
- González Imaz, M. (marzo, 2013) El síntoma en la clínica psicoanalítica. *Revista Itinerario, Año 7 (14)*, 1-17. Recuperado de: <https://itinerario.psico.edu.uy>
- Imbriano, A. (junio, 2008) El goce es la satisfacción de la pulsión. *Affectio Societatis*, 5 (8), 1-14. Recuperado de: <http://aprendeonlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>
- Insua, G. (setiembre, 2014) Ese goce tan temido. *Imago Agenda* (184). Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/revista-indice.asp?IdRevista=157>
- Lacan, J. (2017) D. Rabinovich (trad.). *El seminario de Jacques Lacan (Vol. 7)* Buenos Aires: Paidós (Trabajo original 1959-60)
- Lacan, J. (2016) E. Berenguer (trad.). *El seminario de Jacques Lacan (Vol. 10)* Buenos Aires: Paidós (Trabajo original 1962-3)
- Lacan, J. (2016) J.L. Delmont-Mauri, J. Sucre (trad.). *El seminario de Jacques Lacan (Vol. 11)* Buenos Aires: Paidós (Trabajo original 1964)
- Lacan, J. (2010) E. Berenguer, M. Bassols (trad.). *El seminario de Jacques Lacan (Vol. 17)* Buenos Aires: Paidós (Trabajo original 1969-70)
- Lacan, J. (1966b) *El seminario de Jacques Lacan (Vol. 13)* (inédito) Recuperado de: <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/16%20Seminario%2013.pdf>
- Lacan, J. (1977) *El seminario de Jacques Lacan (Vol. 24)* (inédito) Recuperado de: <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/29%20Seminario%2024.pdf>
- Lacan, J (febrero, 1966a) Psicoanálisis y medicina. El lugar del psicoanálisis en la medicina. En Conferencia durante una mesa redonda del Collège de Médecine, en La Salpêtrière y debate posterior. Recuperado de: <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/lacanterafreudianajaqueslacan.html>

- Lamovsky, L. (2013) Repetición, singularidad y diferencia. En *Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: [http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline\\_1718.pdf](http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1718.pdf)
- Larsen. D. (2010) Seminario: Mas allá del principio del placer. Recuperado de: <http://www.elsigma.com/introduccion-al-psicoanalisis/seminario-mas-alla-del-principio-del-placer/12033>
- Nasio, J.D. (1998) *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. Barcelona: Gedisa.
- Rabinovich, N. (1995) Goce y castración. En: *Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <https://norbertorabinovichblog.com/category/publicaciones/articulos/>
- Rabinovich, N. (setiembre, 2014) ¿Acotar el goce? *Imago Agenda* (184). Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/revista-indice.asp?IdRevista=157>
- Rabinovich, N. (abril, 2015) Síntoma y repetición: Fenomenología. En *Seminario "Clínica del síntoma analítico" Seminario Anual de Lacantera freudiana*. Recuperado de: <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/lacanterafreudiana/lacanterafreudiana.html>
- Rabinovich, N. (2017) *Lagrimas de lo real. Un estudio sobre el goce*. Buenos Aires: Homo Sapiens Ediciones
- Roudinesco, E., Plon, M. (2008) *Diccionario de Psicoanálisis*. 2da ed. J. Piatigorsky (Trad.) Buenos Aires: Paidós.
- Soler, C. (2004). *La repetición en la experiencia analítica*. Buenos Aires: Manantial.
- Soler, C. (2013). *El en-cuerpo del sujeto*. Curso dictado en el Colegio Clínico de Paris (Formaciones Clínicas del Campo Lacaniano) 2001-2002. Bogotá: GG ediciones
- Stepak, A. (noviembre, 2011) Repetición. En *Reuniones de Psicoanálisis Zona Sur*, Argentina. Recuperado de [http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline\\_1464.pdf](http://www.efbaires.com.ar/files/texts/TextoOnline_1464.pdf)
- Yosifides, A y De Bortoli, L. (2005) El goce, demonio del más allá. En: R. Musicante. (Comp), *De las pulsiones, del narcisismo y del goce* (pp.121-129). Córdoba: Brujas



Bernini, G.L. (1652). *L'estasi di Santa Teresa* (Escultura). Roma, Iglesia Santa Maria della Vittoria.